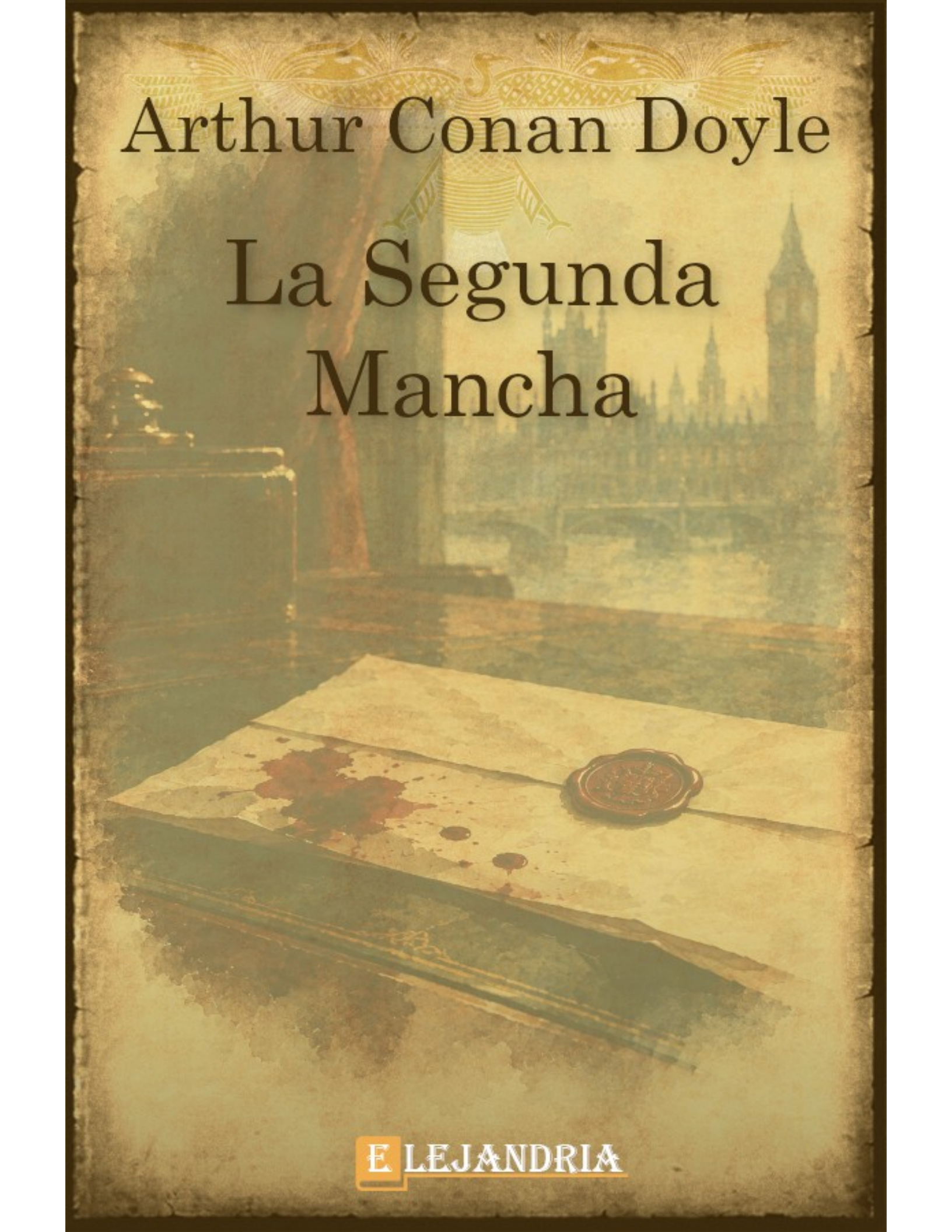


The background of the cover is a watercolor illustration. In the foreground, a thick, old book with a worn, brown cover lies flat. On top of the book is a large, cream-colored envelope. The envelope has a circular red wax seal on the right side and several dark red stains, possibly blood, on the left. In the background, a hazy, atmospheric view of a city with a river and a prominent clock tower (Big Ben) is visible. The overall color palette is muted, with earthy tones and soft lighting.

Arthur Conan Doyle

La Segunda
Mancha

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA SEGUNDA MANCHA

ARTHUR CONAN DOYLE

PUBLICADO: 1904

FUENTE: [HTTPS://ARCHIVE.ORG](https://archive.org)

TRADUCCIÓN: ANÓNIMA

**EDICIÓN ORIGINAL: NUEVOS TRIUNFOS DE SHERLOCK
HOLMES. BIBLIOTECA DE LA NACIÓN, BUENOS AIRES (1909)**

La segunda mancha

1. [La segunda mancha](#)
 1. [Nota de la edición](#)
 2. [La segunda mancha](#)
 1. [I](#)
 2. [II](#)
 3. [III](#)
 4. [IV](#)
 5. [V](#)

NOTA DE LA EDICIÓN

«La segunda mancha» (*The Adventure of the Second Stain*, 1904) es uno de los relatos de *El regreso de Sherlock Holmes*, de Arthur Conan Doyle. Esta edición digital reproduce la traducción anónima publicada con el título «Las dos manchas de sangre» en *Nuevos triunfos de Sherlock Holmes* (Buenos Aires, Biblioteca de «La Nación», 1909).

Se ha modernizado la ortografía (acentuación y signos de puntuación) conforme a las normas actuales de la RAE, sin alterar el vocabulario ni la sintaxis del traductor, y se han corregido las erratas evidentes de imprenta.

LA SEGUNDA MANCHA

I

Definitiva y firme era mi resolución de que la aventura de los Cunningham's fuera el último de los triunfos de Sherlock Holmes que diera a la publicidad, aunque, en honor de la verdad, no ha sido la falta de materiales lo que me hizo aceptar esta idea porque poseo infinidad de notas referentes a muchos centenares de asuntos que nadie conoce todavía. Tampoco ha sido el temor de cansar a mis lectores, puesto que eran tan admirables y únicas las facultades de Holmes, que siempre, aun en asuntos muy semejantes, habría algo nuevo y sorprendente. El motivo verdadero ha sido el cansarse Holmes de esta publicación que desde hace tanto tiempo vengo realizando.

Mientras ejercía su profesión, la popularidad de sus éxitos podía tener para él algún valor práctico; pero desde que ha dejado Londres definitivamente para vivir en las dunas de Sussex, donde se dedica a sus estudios y a la agricultura, toda noticia que se refiera a él le desagrada en extremo. Y me ha suplicado que, de ahora en adelante, guarde silencio sobre lo pasado, y yo, como siempre, he considerado sus deseos como órdenes. No obstante, después de asegurarle que en otros tiempos había prometido relatar la aventura «Las dos manchas de sangre», cuando ya no podía perjudicar a ninguna de las elevadas personalidades que en ella intervinieron y de que este suceso rubricaría dignamente la larga serie de sus triunfos, logré convencerle, con la sola condición de que variase los nombres con objeto de evitar conflictos internacionales.

Así, pues, si mis lectores hallan en la narración de esta aventura—tal vez la más admirable que resolvió Sherlock Holmes—algo que les parezca confuso o encubierto, acháquenlo a esta discreción absolutamente necesaria e indispensable.

Durante una mañana de otoño, de un año cuyas cifras ocultaré, recibimos en nuestro humilde cuarto de Baker-Street, la visita de dos personajes, cuyos nombres eran conocidos en toda Europa. El primero, de semblante austero, de nariz aguileña audaz, y cuya mirada completaba su aspecto dominante, era el ilustre lord Bellinger, que era por segunda vez presidente del Consejo de ministros de la Gran Bretaña. El otro, de fisonomía pálida y expresiva, enmarcada por negros cabellos y barba negra, de aspecto distinguido, como de hombre muy ducho en concurrir salones y Embajadas, era el ilustrísimo señor Trelawney Hope, ministro de Estado, y en quien la política tenía fundadas sus más altas esperanzas.

Se sentaron juntos en el sofá, para lo cual tuvieron que apartar la multitud de papelotes y cachivaches que había siempre en él, y desde el primer momento comprendimos, por la ansiedad e inquietud reflejadas en sus semblantes, que debía ser muy poderoso el motivo que les obligaba a venir a vernos. Las manos finas y pulidas del presidente se engarfiaban sobre el marfil del paraguas y la mirada escrutadora de su rostro ascético tan pronto se posaba en Holmes como en mí. El secretario retorcióse furiosamente el bigote con una mano, mientras con la otra jugaba con los dijes del reloj.

Este último fue el primero que habló.

—Es el caso, señor Holmes, que esta mañana, a las ocho, me enteré de la pérdida de un documento muy importante, e inmediatamente lo puse en conocimiento de lord Bellinger. Entonces convinimos en venir a veros.

—¿Habéis dado parte a la policía?

—No, señor—exclamó el presidente con la vivacidad peculiar en él,—ni lo haremos. Se trata de un asunto de índole tan delicada...

—Sin embargo...

—No hay sin embargo que valga. Si ese documento se hiciera público originaría gravísimos conflictos europeos. Ya veis, se trata de una cuestión que, siendo de paz, se tomaría en guerra. De no recobrarlo en secreto, prefiero abandonarlo, puesto que lo que deben desear los ladrones es la publicidad.

—Comprendido. Y ahora, señor Trelawney Hope, tened la amabilidad de explicarme detalladamente, sin omitir lo más mínimo, lo sucedido.

—Pocas palabras se necesitan para ello. La carta—porque de una carta de jefe de Estado extranjero se trata—la recibí hace seis días. Comprendiendo su importancia no me atreví a dejarla en el Ministerio, y todas las noches me la llevaba a mi casa, en Whitehall Terrace, donde la guardaba bajo llave en un cofrecito que tengo en mi alcoba. Ayer por la noche tengo la seguridad de que aún estaba allí, porque al entrar a vestirme para la cena lo pude comprobar abriendo el cofrecillo. Esta mañana había desaparecido. El cofre permanecía tal como yo le dejé por la noche, delante del espejo del tocador. Como lo mismo mi esposa que yo tenemos el sueño muy ligero y el menor ruido nos despierta, podemos jurar que nadie entró en nuestro cuarto durante la noche. Y, no obstante, lo repito, el documento ya no estaba allí.

—¿A qué hora comisteis?

—A las siete y media en punto.

—¿Y tardasteis mucho en acostaros?

—Mi mujer fue al teatro y yo quedé aguardándola. Serían las once y media cuando subimos a la alcoba.

—Por consiguiente el cofrecillo ha estado cuatro horas sin vigilancia, ¿no es eso?

—Realmente, sí; pero debéis tener en cuenta que nadie entra en nuestro cuarto más que una criada por la mañana, y durante el resto del día mi ayuda de cámara y la doncella de mi mujer, dos personas en quienes tengo absoluta confianza y que están a nuestro servicio hace muchos años. Además, ni uno ni otra podían suponer que hubiera allí una carta de tal importancia, sabiendo, desde muy antiguo, que yo solo empleaba el cofrecillo para guardar papeles oficiales.

—¿De manera que no conocía nadie la existencia de esa carta?

—Nadie.

—¿Vuestra esposa tampoco?

—No ha sabido nada hasta hoy en que yo se lo he dicho al notar la falta. Yo no le hablo nunca de los asuntos oficiales.

—No hacía falta esa afirmación, señor ministro; os conozco desde hace mucho tiempo y sé la corrección y discreción con que obráis en asuntos de esta índole.

El ministro se inclinó.

—Tengo a vanagloria el ser de este modo.

—Bueno; ¿pero ella pudo adivinar?...

—No, señor; ni ella ni nadie.

—¿Os han faltado alguna vez otros documentos?

—Nunca.

—¿Quiénes conocen en Inglaterra la existencia de esa carta?

—Todos los miembros del Gabinete. Pero debo deciros que además del secreto que garantiza cada uno de los consejos que se celebran, ha habido en este la advertencia de que se trataba de un asunto muy peligroso. ¡Y pensar que algunas horas después he sido yo el que lo ha perdido!...

Su semblante se contrajo de desesperación y las manos fueron garfios en la revuelta y sudorosa cabellera. Sin embargo, aquello fue un relámpago; y bien pronto el ministro de Estado recobró su habitual corrección, su aristocrático porte y continuó con voz tranquila.

—Aparte de los ministros, quizá haya otros dos o tres altos empleados de mi ministerio que estuvieran en el secreto. Pero nadie más.

—¿Estáis seguro?

—Enteramente seguro.

—¿Y en el extranjero?

—Tal vez se haya conservado más el secreto que aquí. Podría afirmar que él... escribió la carta sin dar cuenta a nadie absolutamente.

Holmes permaneció pensativo durante unos minutos. Después, levantando la cabeza, dijo con su voz breve y sonora:

—No tengo más remedio que suplicaros me digáis de qué trataba esa carta y cuales puedan ser las consecuencias que ocasionen su pérdida.

Los dos hombres de Estado cambiaron una mirada rápida y el primer ministro frunció sus cejas espesas.

—El sobre es grande, de papel fino y azul pálido. Tiene un sello de lacre representando un león dormido. La dirección está escrita con una letra recta y nerviosa.

—No basta con eso—dijo Holmes.—Aun tratándose, como se trata, de unos detalles bastante interesantes y esenciales, necesito más.

El presidente frunció más las cejas.

—Ya os he dicho que se trata de un importantísimo secreto de Estado, y, por consiguiente, no puedo decir nada. Si con la ayuda de vuestras facultades excepcionales—según dicen por ahí—podéis hallar el sobre azul con su contenido, habréis merecido el agradecimiento de nuestra patria y obtenido una gran recompensa. En el caso contrario, nos resignaremos antes de quebrantar un secreto que no es nuestro.

Holmes se levantó sonriendo.

—Me parece, señores, que por muy ocupados que estéis ambos, no lo estaréis tanto como yo. Hay una multitud de clientes que esperan mucho de esas excepcionales facultades mías—según dicen por ahí.—Lo siento mucho; pero en las condiciones que me proponéis, no me es posible ayudarlos. Perderíamos todos un tiempo precioso.

El primer ministro dio un salto. Por sus ojos cruzó un relámpago de cólera, de aquella cólera que tantas veces hizo temblar al Gabinete.

—Yo no estoy acostumbrado...—comenzó.

Pero haciendo un esfuerzo violento para dominarse, se sentó nuevamente.

Durante unos segundos, un silencio embarazoso nos hizo doblar la cabeza. Finalmente, el viejo se encogió de hombros, como un hombre dispuesto a todo, y continuó:

—¡Qué remedio! Aceptaremos vuestras condiciones , señor Holmes. Quizá tengáis razón, y tal vez también hayamos cometido una descortesía dudando de vuestra caballerosidad.

—Opino del mismo modo—dijo el ministro de Estado.

—Estoy dispuesto a hablar—dijo el presidente del Consejo;—pero antes tenéis que prometerme, el doctor Watson y vos, que por nada del mundo quebrantaréis este secreto. Es cuestión de patriotismo, porque si se descubriera alguna cosa nuestro país perdería no poco.

Holmes y yo nos inclinamos y nuestras voces sonaron a una.

—Podéis tener completa confianza en nosotros.

—Esta carta ha sido escrita por un jefe de Estado bajo la impresión que le produjo nuestro reciente aumento de colonias. Según hemos podido enterarnos él... referido jefe no dio cuenta del acto que hizo a sus ministros, dejándose llevar solamente de sus primeros arrebatos. Así resulta la carta de altiva y de insultante. Si se hiciera pública, si la prensa y el pueblo se enterasen de lo que dice, dentro de una semana se había declarado la guerra.

Holmes escribió un nombre y se lo mostró al presidente.

—Sí; ¡ese mismo es!—respondió lord Bellinger.—Ese es el autor de esa carta que puede costar a Inglaterra muchísimos millones y centenares de miles de hombres.

—¿Le habéis avisado a él?

—Sí. Le he puesto un telegrama cifrado.

—Quizá desee la publicación de la carta.

—No lo creo. Estoy seguro de que ahora comprende la estupidez que cometió dejándose dominar por un arrebato, que, además, no sería Inglaterra la que llevase la peor parte, en caso de estallar inmediatamente la guerra.

—¿Entonces quién demonios puede haberla robado?

—Todo esto, señor Holmes, entra de lleno en las cuestiones más delicadas de política internacional. Si nos fijamos un momento en la actual situación de Europa, comprenderemos quizá el motivo de ese robo. Europa es como un vasto campo fortificado y erizado de cañones. Las distintas alian-

zas entre los diferentes países han ido igualando las fuerzas militares. De este modo si el día de mañana Inglaterra declarase la guerra, arrastraría en pos de sí a sus aliadas, y como el país contrario haría lo mismo con las suyas, tendríamos un completo, un formidable conflicto internacional.

— ¡Ah! Ahora comprendo. Quizá se hayan apoderado de esa carta algunos enemigos de ese jefe de Estado para conseguir, dándola publicidad, que Inglaterra le declarase la guerra.

— Justamente.

— ¿Y a quién sospecháis que enviarían primero ese documento?

— ¡Qué sé yo! A cualesquiera de las Cancillerías de Europa. Tal vez en estos instantes ya esté en camino, cruzando el canal.

Mister Trelawney Hope dejó caer la cabeza sobre el pecho, y suspiró amargamente. El presidente, poniéndole la mano en el hombro, procuró consolarle.

— Vamos, querido, no hay que amilanarse de ese modo. Ya veis que nadie os hace cargo alguno, porque a todos nos consta que habéis cumplido con vuestro deber.

Y después, dirigiéndose a Holmes, continuó:

— Ahora que conocéis los hechos, esperamos que nos aconsejéis.

Holmes inclinó la cabeza sobre el pecho.

— ¿Estáis seguro de que se declararía la guerra si no se recobra ese documento? — murmuró.

— Absolutamente seguro.

— Pues entonces me parece que debíais iros preparando.

— ¡Vaya una esperanza que nos dais, señor Holmes!

— Es deciros lealmente lo que pienso. Mirad, examinando fríamente la cuestión, se comprende que la carta ha sido robada antes de las once y media de la noche, porque, si no recuerdo mal, los señores Hope tienen el sueño muy ligero y les hubiera despertado el menor ruido. El robo debió verificarse entre las siete y media y las once, más bien cerca de las siete y media que de las once y media, puesto que el ladrón conocía la importancia de la

carta y estaría deseando tenerla en su poder. Ahora bien, ¿creéis que el ladrón ha hecho ese robo solamente por el gusto de tener un autógrafo regio? No; lo probable es que a estas horas la carta esté ya en poder de quien pueda hacer uso peligroso de ella, y por consiguiente, no me resulta un disparate aconsejaros que os vayáis preparando.

El presidente se levantó.

— Está bien, señor Holmes. Comprendo la verosimilitud de vuestras observaciones y no quiero haceros perder más tiempo.

— No, no; aguardad. ¿Y no podían haberla robado el ayuda de cámara o la doncella?

— Ya os he dicho antes que se trataba de dos personas intachables y antiguas en la casa.

— Bueno; pero por fantasear no se pierde nada. Si no he oído mal, antes me habéis dicho que vuestra alcoba se halla situada en el segundo piso, que no se comunica con la parte exterior, y que de la interior no podía entrar nadie sin ser divisado, ¿no es eso?

El ministro de Estado asintió con la cabeza.

— Muy bien. ¿Por qué no hemos de suponer que alguno de esos espías internacionales o de esos agentes secretos —cuyos nombres me son conocidísimos— ha conseguido sobornar a la servidumbre? Hay tres, particularmente, que se les puede considerar como jefes de esta clase de espionaje, tan delicada y peligrosa. Esta misma tarde comenzaré mis pesquisas, y si veo que alguno de los tres se halla fuera de Londres, y, más que nada, si salió ayer por la noche, ya tendremos una pista que seguir.

— ¿Y qué necesidad tenía de salir de Londres? —preguntó el ministro de Estado.— ¿Tenía más que llevar la carta a una Embajada cualquiera?

— No lo creo. Estos agentes trabajan con entera independencia, y, por lo general, no son muy cordiales sus relaciones con las Embajadas.

El presidente asintió con la cabeza.

— Creo que tenéis razón, señor Holmes. Si el ladrón o el instigador del robo, ateniéndonos a vuestra hipótesis, es una persona inteligente, evidentemente no habrá llevado a ninguna Legación un documento de esa importan-

cia. Apruebo en absoluto vuestros planes. Dios quiera que resulte según a nuestros deseos. Entre tanto, amigo Hope, creo que debemos volver a nuestras ocupaciones como si no hubiera sucedido nada. Si acaso sabemos algo más, señor Holmes, os lo diremos inmediatamente; así como os agradeceríamos que nos pusierais al corriente de vuestros trabajos.

Holmes se inclinó asintiendo, y los dos hombres de Estado, después de hacernos una grave y cortesana reverencia, salieron de la estancia.

II

Apenas se marcharon los dos personajes, Holmes se tendió en el sofá, encendió la pipa, y durante mucho rato permaneció silencioso y absorto en sus meditaciones. Yo cogí un periódico de la mañana, y estaba engolfado en un crimen sensacional que se había cometido la noche anterior en Westminster, cuando de improviso mi amigo lanzó una exclamación, se levantó de un salto, y poniendo la pipa sobre el mármol de la chimenea, dijo:

—Evidentemente este es el mejor camino. La situación, aunque grave, no es desesperada por completo. Es más: si ahora mismo supiéramos a punto fijo quién de los tres ha sido el ladrón, el asunto estaría resuelto antes de dos horas, porque todavía no habrá tenido tiempo de entregarlo. Además, tratándose de esta clase de individuos, el dinero—y no podemos quejarnos de que nos falte, teniendo cuenta abierta en el Ministerio de Hacienda,—es el primer factor. Todo se reduce a dar por la carta lo que daría rían en la Corte o Presidencia de otro país. También puede ser que el ladrón conserve aún la carta para ver si puede sacar aquí la cantidad que se propuso, antes de dirigirse al extranjero.

—¿Y quiénes son esos tres hombres de quienes sospecháis?

—Un alemán, Obersteim; un francés, La Rothière, y un español, Eduardo Lucas. Solamente uno de esos tres es capaz de semejante acto. Hablaré con todos ellos, y veremos.

Yo entonces recordé lo leído un instante antes.

—¿Habéis dicho Eduardo Lucas?

—Sí.

—¿El de Godolfín Street?

—Justamente.

—Pues entonces ya podéis desistir de hablar con él.

—¿Por qué?

—Porque le han asesinado anoche en su misma casa.

El asombro que le causó esta noticia a Holmes, me resarcí de tantos asombros y estupefacciones como él me había causado desde que nos conocíamos.

—¡Asesinado!

—Sí, sí, asesinado. Aquí lo podéis leer.

Y le alargué el periódico. Holmes me lo arrebató de las manos.

He aquí la noticia:

«EL CRIMEN DE AYER

»Anoche se ha perpetrado un crimen misterioso en la casa número 16 de Godolfín Street, uno de esos viejos edificios del siglo XVIII, que todavía se conservan entre el Támesis y la Abadía de Westminster, casi esquina al palacio del Parlamento. Desde hace algunos años habitaba en dicha casa un caballero español llamado Eduardo Lucas, conocidísimo en la alta sociedad, tanto por sus encantos personales como por su excelente voz de tenor, que hacía las delicias en todas las reuniones y *soirées* del gran mundo. Era soltero, y frisaba en los treinta y cuatro años. Su servidumbre componíase de un ama de gobierno, llamada mistress Pringle, y un ayuda de cámara, John Milton. Mistress Pringle acostumbraba retirarse temprano a sus habitaciones, situadas en el piso alto, y anoche, como en días anteriores, hizo lo mismo.

»En cuanto al criado, tenía permiso para dormir fuera de casa, y pasó la noche en Hammersmith, en casa de un amigo suyo. Así, pues, a

las diez de la noche ya estaba solo Mr. Lucas. ¿Qué sucedió entonces desde esa hora hasta las doce menos cuarto, en que el agente Barret notó que estaba entreabierta la puerta de la calle? No se sabe. Barret llamó dos o tres veces, sin obtener respuesta. Luego, notando luz en el piso bajo, entró en el portal y volvió a dar voces. Nadie contestó. Entonces empujó resueltamente la puerta del cuarto iluminado. La estancia estaba en completo desorden, y tendido boca arriba, con una de las manos asida fuertemente a la pata de una silla, yacía el cadáver del dueño de la casa.

»La muerte, a juzgar por lo certero de la puñalada, debió ser instantánea. Todavía se veía clavada hasta la empuñadura, en el corazón, el arma homicida. Era un corvo puñal indio, que el asesino quitó de una de las panoplias orientales que adornan las paredes. El robo no ha debido ser el móvil del crimen, puesto que no ha desaparecido objeto alguno de los muchos de valor que hay en el cuarto. A la hora de cerrar esta edición, no podemos dar más detalles referentes a este asunto que, seguramente, despertará no poco interés e indignación, por ser el muerto una persona muy conocida y ventajosamente querida por sus excepcionales facultades.»

Después de leer, Holmes dejó caer el periódico, y estuvo un largo rato completamente absorto.

Por fin, mi amigo, levantando la cabeza y mirándome fijamente, interrogó:

—¿Qué opináis de esto, Watson?

—Que es una coincidencia muy extraordinaria.

—¿Una coincidencia? Yo creo todo lo contrario. Me parece que este hecho es continuación del otro, y que los dos están íntimamente ligados entre sí. Indudablemente, este señor Lucas tenía o sabía dónde se hallaba la famosa carta.

—¡Pues entonces se va a enterar la policía! —exclamé.

—¡Quiá! No lo creáis. ¿No veis que ella no puede saber más que lo sucedido en Godolfín Street, pero ignora lo que ha ocurrido en Whitehall Terrace? Únicamente nosotros, que conocemos los dos sucesos, podemos ver la relación que existe entre ambos. Además, debo advertiros que desde el primer instante me fijé en Eduardo Lucas, porque su hotel está muy cerca de Whitehall Terrace, mientras que los otros dos agentes de que le he hablado, habitan en el extremo opuesto de Londres. Nada más lógico, pues, que estuviera más al tanto que los otros de lo que sucediera en el Ministerio de Estado. Si tenemos en cuenta, además, que... ¡Hola, mistress Hudson! ¿Qué hay?

Nuestra ama de gobierno acababa de entrar, llevando sobre una bandeja una tarjeta.

Holmes la leyó rápidamente, y entregándomela con aspecto asombrado, dijo:

—Rogad a lady Hilda Trelawney Hope que tenga la amabilidad de subir.

Un segundo después, nuestra modesta habitación, que había recibido por la mañana una visita tan sensacional, se vio honrada con la presencia de una de las mujeres más bellas de Londres. Más de una vez había oído hablar de lo hermosa que era la hija menor del Duque de Belminster; pero todas las descripciones, todos los elogios, todos los retratos, no podían dar una idea justa de aquella su encantadora delicadeza, y de un no sé qué gracil y exquisito que trascendía de su persona como un perfume.

Sin embargo, no era precisamente su belleza la que llamaba la atención en esta fría y triste mañana de otoño. La emoción había marfilado su semblante; sus ojos tenían el brillo de la fiebre, y un violento esfuerzo de voluntad cerraba sus labios sensuales. Al verla erguida en la puerta, no pudimos reprimir un estremecimiento.

—¿Habéis recibido la visita de mi marido, señor Holmes?

—Sí, señora.

—Yo os ruego, que en caso de que vuelva, no le digáis que he venido a veros.

Holmes se inclinó fríamente, y le señaló un asiento con la mano.

—Vuestra señoría me coloca en una situación muy difícil. Ante todo, sentaos y hacedme conocer el motivo de vuestra visita. Pero he de advertiros que lo que pedís no es muy fácil de conceder.

Lady Hilda atravesó la sala pausadamente, majestuosamente, irguiendo su cabeza de reina, donde los ojos tenían brillo de piedras preciosas. Después se sentó de espaldas a la luz.

—Está bien—murmuró, quitándose rabiosamente los guantes blancos.—Procuraré portarme lealmente con vos, para que obréis de igual modo conmigo. Entre mi marido y yo reina una confianza completa, pero que termina donde empiezan los asuntos políticos. Al llegar aquí parece que alguien sella sus labios; sin embargo, ya os habrá dicho que se vio precisado a ponerme al corriente de lo que aconteció anoche en casa. Sé que ha desaparecido un documento importantísimo, pero nada más; porque tratándose de un asunto político, mi marido se ha negado a darme más explicaciones. Pues bien; a pesar de todo, yo necesito imprescindiblemente conocer el verdadero valor de esa carta. Tengo la certidumbre de que, excepto los ministros, vuestro amigo y vos, sois las únicas personas que lo saben. Así, pues, señor Holmes, yo os ruego, por lo que más queráis, que no me ocultéis nada. Tened la seguridad de que guardando silencio perjudicáis más a mi marido que teniendo completa confianza en mí. ¿Qué decía la carta esa?

Holmes volvió a inclinarse con más frialdad que antes.

—Me pedís un imposible, señora.

Lady Hilda ocultó la cara entre las manos, profiriendo un gemido.

—Ya debéis comprender, señora—prosiguió Sherlock,—que debo obrar así. Si vuestro marido ha considerado conveniente no deciros nada, ¿os parece digno que yo, a quien ha confiado el secreto, falte a la palabra empeñada, y os haga saber lo que, según su criterio, debéis desconocer? De ningún modo. Dirigíos a él.

—Ya lo he intentado; pero no he logrado nada. En fin, ya que os negáis a contestar explícitamente, vais a tener la bondad de contestar a una sola pregunta.

—Decid.

—¿Puede sufrir la carrera de mi marido algún contratiempo con este incidente?

—¿Debo contestar con entera franqueza?

—Os lo he suplicado antes.

—Pues bien, señora; si esa carta no parece, ya puede considerar vuestro marido perdida la carrera.

—¡Ah!

Dudó unos instantes; luego, decidiéndose de pronto, continuó:

—Según me parece haber oído, creo que la pérdida de este documento podrá causar un conflicto internacional. ¿Es verdad?

—¿Os lo ha dicho así vuestro marido?

—Sí, se le escapó en el primer arrebato.

—En ese caso, no tengo por qué negarlo.

—Bueno; pero ¿por qué?

—Veo, señora, que estáis haciendo más de una pregunta.

La dama mordiose los labios.

—Bien, bien; no insistiré más. Después de todo, esa discreción vuestra os honra, y opino que este deseo mío de compartir los disgustos de mi esposo, no os parecerá extemporáneo. ¿Puedo confiar en que guardaréis el mismo secreto respecto de mi visita?

Holmes se inclinó asintiendo.

Lady Hilda se puso en pie, y lentamente, majestuosamente, salió de la estancia como había entrado.

—¿Qué os parece, amigo Watson, de todo esto?—dijo Holmes sonriendo, cuando al cerrarse la puerta del vestíbulo cesó el frú-frú de las faldas de seda y aún flotaba en el ambiente el perfume de la hermosa mujer.

—Pues me parece que es muy natural su inquietud, y muy lógicos sus deseos.

—No tanto, querido Watson, no tanto. Os habréis fijado en su agitación, en la ansiedad con que preguntaba, y debéis de tener en cuenta que esa mujer pertenece a una clase en la cual el disimulo es un verdadero arte.

—Realmente se hallaba muy emocionada.

—¿No os fijasteis con cuanto ardor aseguró que perjudicaría más a su marido mi silencio, que la confianza en ella? ¿Os fijasteis también cómo procuró ponerse de espaldas a la luz? Sin duda alguna lo hizo con intención de ocultar las sensaciones que se reflejaron en su semblante.

—En efecto, tuvo que atravesar la habitación para sentarse en ese sitio.

—¡Ay, querido! ¡La mujer es siempre un enigma! Ya recordaréis a aquella Margarita que solo por hacer eso se descubrió a sí misma. Sin embargo, siempre he considerado una locura forjar hipótesis sobre ese arenal que se llama imaginación de mujer. Los actos femeninos, aun los más vulgares, quizá se relacionen con hechos de suma gravedad, y tal vez lo que para ellas es de verdadera trascendencia, dependa de alguna horquilla que se ha perdido, o de unas tenacillas que estuvieron demasiado tiempo al fuego. Vaya, Watson, hasta luego.

—¿Os marcháis?

—Sí; voy a pasar lo que resta de la mañana en Godolfín Street hablando con mis viejos amigos los policías. Aunque no estoy muy seguro de ello, quizá encuentre allí la solución del problema.

—¿No queréis que os acompañe?

—No; prefiero, amigo Watson, que os quedéis aquí por si viene alguien.

III

Transcurrieron tres días. Holmes estaba de un humor de todos los demonios; entraba y salía continuamente y a horas desacostumbradas; fumaba pipa tras pipa; tan pronto dábase a soñar tocando el violín, como paseaba agitadamente de arriba a abajo la reducida estrechez de nuestra habitación. Comía sin régimen, y solo en una cosa perseveraba: en su silencio. A cuantas preguntas le hacía, o respondía evasivamente, o se encogía de hombros. Sin duda, no debía estar muy satisfecho del giro que tomaba el asunto.

Por los periódicos me enteré del resultado de la autopsia. Después de la detención de John Milton, el ayuda de cámara de la víctima, y, finalmente, de su libertad por falta de pruebas.

El jurado, presidido por el *coroner*, consideró que se trataba de un asesinato, pero que tanto los asesinos como el móvil del crimen eran desconocidos por completo. Nada faltaba de los objetos de valor ni de los papeles de la víctima; examinando estos últimos, se vio que el señor Lucas se hallaba al tanto de todas las cuestiones de política internacional, y mantenía relaciones amistosas con importantes hombres de Estado extranjeros. Pero nada de sensacional, nada que pudiese justificar el crimen, se halló en dichos papeles. También se descubrió que mantenía correspondencia con muchas mujeres, aunque, según sus amigos, nunca se le conocieron amores algunos. Era morigerado en sus costumbres, y nada había en su conducta que mereciera el menor reproche.

La detención del ayuda de cámara la hizo la policía, más que por convencimiento propio, por vanidad profesional. Sin embargo, según he dicho antes, consiguió probar la coartada. Había pasado la noche en casa de unos amigos, en Hammersmith. La suposición de que pudiera haber tomado el tren de Westminster y llegar, por consiguiente, antes del crimen, quedó destruida prontamente, pues se demostró que, aprovechando la placidez de la noche, Milton hizo a pie el camino, y no llegó a la casa hasta después de las doce.

Siempre había vivido en las mejores relaciones con su amo, y aunque en su baúl se encontraron multitud de objetos pertenecientes al mismo, y espe-

cialmente un estuche de navajas de afeitar, el ayuda de cámara declaró que eran regalos que en diversas ocasiones le hizo el señor Lucas.

El ama de gobierno ratificó esta declaración, y añadió que la noche del crimen no había oído absolutamente nada, y que, por lo tanto, si míster Lucas había recibido a alguien, debió de abrir él mismo la puerta.

El misterio seguía impenetrable, puesto que Holmes, si sabía algo, no quería decirlo. Sin embargo, en cierta ocasión me dijo que Lestrade le había pedido ayuda, y comprendí que andaba por la buena pista.

El cuarto día el *Daily Telegraph* publicó lo que sigue:

«La policía de París acaba de hacer un descubrimiento que quizá rompa el misterio que envuelve la muerte de Mr. Eduardo Lucas, asesinado en la noche del lunes último en Godolfín Street, Westminster. Ya recordarán nuestros lectores que se halló a la víctima con el corazón atravesado de una puñalada, y que las sospechas que recayeron desde el primer instante sobre el ayuda de cámara, fueron destruidas al probar esta la coartada. Ayer los criados de una mujer conocida con el nombre de madame Henry Fournaye, y que habita en París, en un hotelito de la calle de Austerlitz, dieron cuenta a la policía de que su señora presentaba síntomas de enajenación mental. Una vez reconocida, se demostró que, en efecto, estaba loca.

»La policía ha comprobado que la señora Fournaye volvió de Londres el martes último, y que tal vez estuviera comprometida en el crimen de Westminster. Con ayuda de fotografías se ha descubierto de un modo indiscutible que Mr. Eduardo Lucas y Mr. Henry Fournaye eran una misma persona, y que esta, por motivos desconocidos todavía, vivía alternativamente en Londres y en París. La señora Fournaye es una criolla muy impresionable, y según parece, amaba tan entrañablemente a su marido, que más de una y de dos veces le trastornaron los celos. Se supone, pues, que, dominada por esta pasión, marchó a Londres y asesinó a su marido. Los empleados de la estación de Charing-Cross han declarado que en la noche del lunes vieron una mujer que, por el desorden de sus vestidos y lo excéntrico de sus ademanes, les llamó poderosamente la atención. Ahora únicamente falta saber si la locura

fue causa del crimen, o este causa de aquella. Esperamos a la curación que los médicos confían lograr dentro de poco tiempo.»

—¿Qué os parece de esto, amigo Holmes?— dije yo, concluyendo la lectura que había hecho en voz alta.

Holmes suspendió sus paseos, y deteniéndose delante de mí, dijo:

—Hay que confesar, amigo Watson, que sois un hombre excelente, y que tenéis una paciencia admirable. Sin embargo, conste que mi silencio, este silencio que tanto habéis respetado, no es hijo de la discreción, sino de absoluta carencia de noticias. Ese mismo descubrimiento de París no me sirve de nada.

—¿Que no? Yo creo que resuelve en absoluto el problema de la muerte de Lucas.

Holmes se encogió de hombros.

—Después de todo, la muerte de ese individuo es una cosa secundaria comparada con la importancia que tiene para nosotros el descubrir el paradero de esa carta. Creedme, Watson; estoy profundamente preocupado. Durante estos tres días, el Gobierno me ha tenido al corriente de lo que ocurre, y hasta ahora los astrónomos políticos no han anunciado signo alguno de tempestad en el horizonte europeo. A no ser que lo hayan dejado... Pero no; es imposible. Sin embargo, ¿dónde está? ¿Quién la tiene? ¿Por qué no hacen uso de ella? Estas son las preguntas que me martillean continuamente el cerebro. ¿Habrá sido una pura coincidencia la muerte de Lucas, la noche misma en que desapareció la carta? ¿Sería él quien la robó? En caso afirmativo, ¿cómo no la han hallado entre sus papeles? ¿La vería su mujer, y la llevaría consigo a París? Esto complicaría el asunto, porque ya sabéis que no podemos esperar auxilio de la justicia, a la cual debemos temer tanto como a los criminales. ¡Todo se vuelve en contra nuestra! ¡Y pensar que si yo triunfara coronaría dignamente mi carrera!

En aquel instante dieron dos golpes en la puerta.

—¡Adelante!— exclamé.

Penetró la señora Hudson con un telegrama en la mano. Holmes se lo arrebató, y leyéndolo rápidamente, dijo:

—Según parece, Lestrade ha encontrado algo interesante. Si deseáis acompañarme, Watson, iremos dando un paseo hasta Westminster.

IV

Llegamos a la casa del crimen. Era un edificio alto, sombrío, estrecho, con toda la austeridad y tristeza del siglo en que lo construyeron. Lestrade nos estaba aguardando asomado a una ventana del piso bajo, y él mismo nos abrió la puerta, estrechándonos calurosamente las manos.

Entramos en la sala donde se perpetró el asesinato. Excepto un manchón sangriento que había sobre un tapiz persa que cubría el noguerado suelo, nada hacía recordar la tragedia. Encima de la chimenea veíase una magnífica panoplia de armas orientales. Cerca de la ventana surgía de la pared la panza de una lujosa mesa-escritorio. Todos los detalles, los cuadros, los cortinones, los bibelots, los muebles, indicaban un carácter aficionado al lujo, casi coquetonamente femenino.

—¿Os habéis enterado de lo de París?—dijo de repente Lestrade, rompiendo aquel silencio que amenazaba no terminar nunca.

Holmes movió la cabeza afirmativamente.

—Yo creo—prosiguió Lestrade,—que nuestros compañeros, los policías franceses, han encontrado la pista del crimen. Evidentemente el asesinato debió cometerse tal como dicen. La mujer de Lucas seguiría los pasos a su marido, y loca de celos, llamaría a la puerta. Abrió Lucas, entró ella, y comenzaron a disputar. La señora le echaría en cara a su marido su extraño modo de vivir y aquella sospechosa dualidad de existencias. Poco a poco se iría agriando la conversación; la criolla perdería la cabeza, y apoderándose de un arma cualquiera, la clavó en el pecho de Lucas. Todo esto debió acontecer en pocos segundos, pues el cadáver tenía empuñada una silla como si la acabase de coger para repeler la agresión de su esposa. Tengo tal seguridad de que pasaron así las cosas, como si lo hubiera visto.

Holmes le miró asombrado.

—¿Entonces, para qué me habéis hecho venir?

—Por nada; por un detalle sin importancia. ¡Pero como os conozco bien y sé lo que os interesan ciertas cosas!... Sin embargo, no tiene nada que ver con el crimen.

—Bueno, ¿y qué es?

—Ya sabéis, amigo Holmes, que siempre que tenemos que intervenir en un asunto de esta clase, procuramos que no se nos escape nada. En esto seguimos, como veis, vuestros consejos. Así es que, desde el primer instante, dejé aquí de guardia un agente, día y noche. Esta mañana, después de la inhumación del cadáver, y como ya estaba casi terminado el asunto, procuramos arreglar algo esta habitación. Empezamos por levantar esta alfombra, que, como veis, no está clavada, y hallamos...

Una viva inquietud apareció en el semblante de Holmes.

—¿Qué habéis hallado?

—¿A que no lo acertáis?

Holmes se encogió de hombros.

—No me parece ocasión oportuna para perder el tiempo en adivinanzas.

Lestrade sonrió.

—¿Veis esta mancha de sangre? Lo natural es que traspasara el tejido, ¿no es cierto?

—Claro.

—Pues bien; no ha sucedido nada de eso, la parte correspondiente del suelo está enteramente limpia.

—¡No es posible!—exclamó Holmes.

—¿Que no es posible? Mirad.

Y el policía, levantando una punta del tapiz, dejó descubierto una parte del suelo.

Holmes examinó el revés de la alfombra, y dijo:

—Pues no tiene más remedio que haber manchado la madera, puesto que la sangre ha empapado el tejido.

Lestrade sonreía jactanciosamente, saboreando el placer de causar asombro en un hombre como Holmes.

—En efecto. Hay una mancha en el entarimado, pero no correspondía con la del tapiz. Mirad.

Y mientras hablaba, levantó el otro extremo del tapiz. En la madera había una gran mancha roja.

—¿Qué opináis de esto, señor Holmes?—interrogó el policía con acento triunfante.

—Pues sencillamente, que han cambiado de sitio la alfombra después del crimen—respondió con tranquilidad Holmes.

—¡Ya, ya!—exclamó el policía, algo amoscado.—No necesitábamos que nos lo dijerais para saberlo. Hemos puesto la alfombra de distinto modo, y las dos manchas se corresponden.

—Entonces...

—Lo que deseamos es saber quién la cambió de lugar y con qué objeto.

Yo miré a Holmes, y comprendí hasta qué punto se había excitado su interés.

—Vamos a ver, Lestrade; ese agente que hemos visto en el vestíbulo, ¿es el que ha estado de vigilancia todos estos días?

—Sí.

—En ese caso procurad interrogarle a solas. Nosotros os aguardaremos aquí, porque de ese modo tendrá menos inconveniente en hablar. Decidle que cómo se ha atrevido a dejar entrar a nadie, y particularmente, a consentir que se quedara sola esa persona en la habitación. Insistid en que lo sabéis todo, y que el único medio de obtener el perdón, es una confesión franca y leal. Sobre todo no preguntad nada, sino afirmar.

—Muy bien—dijo Lestrade.

Y salió de la habitación. Instantes después oímos su voz en el vestíbulo.

—Vamos, Watson—dijo Holmes muy agitado.—No hay que perder tiempo.

Dio un tirón a la alfombra, y dejó el suelo descubierto. Luego, arrodillándose, empezó a tentar en las tablas del entarimado. Una de ellas se movió; y al levantarla Holmes, apareció una pequeña cavidad. Metió mi amigo rápidamente la mano, y enseguida la sacó, lanzando un juramento. ¡Estaba vacía!

—¡Pronto, pronto, Watson! Ayudadme a arreglar esto.

Apenas habíamos cerrado la abertura y tendido el tapiz, oímos aproximarse por el pasillo la voz de Lestrade. Holmes se apoyó con aire indiferente contra la chimenea, como un hombre cansado de esperar, y hasta repri-
mió un bostezo.

—Perdonadme, Holmes,—dijo el inspector al entrar.—Ya comprendo que maldito lo que os interesa este asunto. Sin embargo, algo hay de interesante en él.

Después, asomándose a la puerta, continuó:

—Pasad, Mac-Pherson, y contadle a estos señores vuestra falta.

Apareció un individuo grueso y de rostro vulgar. Todo en él denotaba una gran vergüenza.

—Ya os he dicho, señor Lestrade, que no creí perjudicar a nadie con ello. La joven se presentó aquí ayer por la tarde, asegurando que se había equivocado de casa. Hablamos un rato, porque ya comprenderéis que no tiene nada de agradable estar aquí de plantón horas y horas.

—Bueno, ¿y qué sucedió?

—Después de un rato de charla mostró interés por ver el cuarto del crimen. Según me dijo, se había enterado de ello por los periódicos. Como se trataba de una mujer muy *comme il faut*, no tuve inconveniente alguno en acceder a ello. Al divisar esa mancha de sangre en la alfombra, cayó desmayada. Yo corrí asustado a buscar un poco de agua para hacerla volver en sí; pero no sirvió de nada. Entonces fui por cognac a la tienda de Plant, que, como sabéis, se halla al final de la calle. Cuando volví había desaparecido. Indudablemente debió recobrar el conocimiento durante mi ausencia, y huyó avergonzada.

—¿Fue ella quien movió la alfombra?

—No sé; pero no tiene nada de particular, puesto que, no estando clavada, al caer la señora sin conocimiento, quizá se arrugara algo. Sin embargo, me extraña, porque yo creí que la había vuelto a poner lo mismo que estaba.

—Esto os demostraré, agente Mac-Pherson —dijo Lestrade con voz hueca y enfática,— que no se me puede engañar impunemente. Imaginabais que nadie se enteraría de vuestra falta; y solo he necesitado ver la alfombra para comprender que alguien había entrado en la habitación. Menos mal que no ha faltado nada; que si no...

Después, dirigiéndose a Holmes y cambiando el tono de voz, continuó:

—Siento mucho, querido, haberos molestado; pero lo hice creyendo que os interesaría esta falta de correspondencia entre las dos manchas de sangre.

—Y habéis supuesto perfectamente. Decidme, Mac-Pherson, ¿era la primera y única vez que entró esa mujer aquí?

—Sí, señor.

—¿La conocíais?

—No. Según me dijo, venía con motivo de cierto anuncio en que se solicitaba dactilógrafas, y se equivocó de número.

—¿Qué tipo tenía?

—Era una mujer muy elegante.

—¿Era alta?

—Sí, señor, y muy bella. Verdaderamente bella. Como me hablaba con tanta afectuosidad y parecía una persona decente, no creí cometer una falta complaciéndola en su deseo de ver esta habitación.

—¿Qué traje usaba?

—No se le veía bien, porque iba envuelta en una larga capa que la cubría hasta los pies.

—¿A qué hora vino?

—Cuando comenzaba a anochecer. Al salir yo a por el cognac, me encontré encendidos los primeros faroles.

—Está bien—dijo Holmes.—¿Vamos, Watson? Creo que se nos prepara mucho trabajo.

Dejamos a Lestrade en la habitación que fue de Eduardo Lucas, y salimos al vestíbulo. El agente Mac-Pherson nos acompañó hasta la puerta. Antes de salir, Holmes se volvió hacia él, y le mostró un objeto que llevaba en la mano derecha.

—¡Gran Dios!—exclamó el agente.

Holmes se llevó un dedo a los labios. Sepultó la diestra en el bolsillo, y salimos a la calle.

Al dar la vuelta a la esquina, Holmes profirió una estentórea carcajada.

—¡Delicioso, amigo Watson, delicioso! Va a principiar el último acto. Tengo la satisfacción de comunicaros que ya no habrá guerra internacional; que la carrera del ilustrísimo señor Trelawney Hope no sufrirá contratiempo alguno; que el imprudente soberano no recibirá el castigo merecido; que el presidente del Consejo de Ministros podrá dormir tranquilo, y que, finalmente, con un poco de tacto por parte nuestra, conjuraremos lo que parecía formidable e inevitable catástrofe.

Mi espíritu se conmovió, una vez más, de admiración ante el talento de aquel hombre.

—¿Qué? ¿Habéis descubierto el enigma?

—Nada de eso, Watson. Aun quedan algunos detalles, pero son secundarios. Ya he conseguido saber lo principal. Ahora, si os parece, subiremos a un coche que nos lleve a Whitehall Terrace lo más pronto posible.

V

Cuando llegamos a casa del ministro de Estado, Holmes, con gran sorpresa mía, preguntó por la señora. Un instante después estábamos en el gabinete de la dama, y lady Hilda exclamaba roja de indignación:

— ¡Esto es una infamia, señor Holmes! Bien claro os supliqué que, pasara lo que pasara, ignorase siempre mi marido que fui a veros. Y en vez de guardarme el secreto, ponéis todos los medios para que se divulgue, viniendo a esta casa y preguntando únicamente por mí.

— Desgraciadamente, señora, me es indispensable obrar de este modo. Vuestro esposo y lord Bellinger me han encargado que buscara ese documento, y yo me he comprometido a satisfacer sus deseos. Así, pues, os suplico, señora, que tengáis la bondad de entregármelo.

Lady Hilda se levantó de un salto. Su semblante estaba lívido; su mirada adquirió el temor de las fieras perseguidas, y tuvo que apoyarse en una butaca para no caer. Sin embargo, y haciendo un esfuerzo violento, fingió indignación y asombro.

— Me acabáis de insultar, señor Holmes.

— Vamos, señora, vamos. Estamos perdiendo el tiempo. Entregadme la carta.

Por toda respuesta, la mujer del ministro de Estado alargó la mano hasta el timbre. Holmes se encogió de hombros.

— Como gustéis, señora. Conste que yo he procurado por todos los medios posibles evitar un escándalo. Si me entregáis la carta, os prometo arreglarlo de modo que todo el mundo quede contento, y, en caso contrario, me veré obligado a quitaros la careta.

Lady Hilda se detuvo vacilante. Su brazo blanco quedó rígido, y sus ojos quedaron fijos en Holmes, como si pretendieran leer en el fondo de su alma. El timbre no llegó a sonar.

—¡Esto es una cobardía! ¿Os parece bien venir a insultar en su propia casa a una mujer?

Holmes volvió a encogerse de hombros.

—¿Es que habéis descubierto algo?—prosiguió ella.

—Estáis muy pálida, señora. Tened la amabilidad de sentaros. Mientras permanezcáis de pie, no pienso decir una sola palabra.

Lady Hilda se dejó caer en un sillón.

—Sé que habéis estado en casa de Eduardo Lucas—continuó Holmes;— sé que le entregasteis ese documento, y sé también cómo y cuándo lo habéis recobrado, sacándole del escondite que hay debajo de la alfombra.

Lady Hilda miró a Holmes con ojos espantados. Dudó largo tiempo antes de contestar. Por último, y encogiéndose de hombros, exclamó:

—¡Estáis loco!

Holmes extrajo del bolsillo un pedazo de cartón, en el cual había el retrato de una mujer.

—Ya veis, señora, que iba bien preparado. El agente de policía a quien visteis, os ha reconocido en esta fotografía.

Ella entonces profirió un suspiro convulsivo, y dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sillón. Aquel ademán desnudó la blancura de su garganta de reina.

—Como veis, señora, es inútil negar. Todo puede arreglarse, puesto que mi obligación límitase a entregar a vuestro marido esa carta. Si seguís mis consejos, os aseguro que no tendréis motivo alguno de queja.

El orgullo de lady Hilda se resistía a doblegarse.

—Ya os lo he dicho, señor Holmes, que o estáis loco, o mentís descaradamente.

Holmes se levantó.

—Lo siento por vos, señora. He hecho todo lo que he podido. Ahora, ateneos a las consecuencias.

Y apoyó un dedo en el timbre. Un instante después apareció un criado.

—¿Está el señor en casa?

—No, señor.

—Pero ¿vendrá pronto?

—Dentro de un cuarto de hora, aproximadamente.

Holmes miró el reloj.

—Está bien; aguardaré.

El criado, después de hacer una reverencia, salió de la habitación.

Apenas se había cerrado la puerta, lady Hilda se arrojó a los pies de Holmes, y con las manos cruzadas y lleno de lágrimas su hermoso semblante, suplicó:

—Perdonadme, señor Holmes, ¡por amor de Dios no decidle nada a mi marido! En vuestras manos está nuestra futura felicidad.

Holmes levantó afectuosamente a lady Hilda.

—No sabéis cuánto me alegra, señora, que aunque tarde, hayáis seguido mis consejos. Pero no hay tiempo que perder. ¿Dónde se halla la carta?

La dama fue hasta su *secrétaire*, y abriéndolo, sacó un ancho sobre azul.

—Aquí está, señor Holmes. ¡Ojalá nunca lo hubiera visto!

Holmes cogió el sobre, y tuvo un instante de vacilación.

—¿Cómo, demonios?... ¡Ah, sí! ¿Dónde está el cofrecillo?

—En la alcoba.

—¡Magnífico! ¿Queréis tener la amabilidad de traérmelo, señora?

En dos segundos lady Hilda salió de la estancia y volvió a entrar con el cofrecillo.

—Tened la bondad de abrirlo—prosiguió Holmes.—Porque supongo que tendréis una llave falsa.

Ella asintió con la cabeza, y sacando una llavecita del pecho, abrió el cofrecillo.

Mi amigo introdujo el sobre azul entre los varios papeles que había dentro, y cerró nuevamente la cajita de hierro.

— Ahora tened la amabilidad de llevarlo a su sitio.

Cuando volvió lady Hilda, Holmes miró el reloj, y dijo:

— Muy bien. Tenemos diez minutos por delante, y si queréis, podemos aprovecharlos contándome vuestra intervención en el asunto.

— Estoy dispuesta a ello, señor Holmes. Supongo que no me habréis juzgado mal. Yo me dejaría cortar la mano derecha antes que causar el menor mal a mi marido. Y, no obstante, estoy segura, de que si sabe todo lo que he hecho, no me lo perdonará jamás. Yo os ruego, señor Holmes, que no me abandonéis.

— Vamos, vamos, señora, no hay que perder el tiempo.

— En otra época, antes de conocer a Trelawney, escribí una carta algo... ardiente. Fue una de tantas locuras que toda joven inexperta comete. Entonces no creí que tuviese importancia; pero está tan arraigado en Trelawney el sentimiento del honor, que seguramente hubiera encontrado criminal lo que únicamente era una locura de chiquilla. Un día me enteré que Lucas tenía dicha carta en su poder y que estaba dispuesto a entregársela a mi marido. Después de suplicarle muchísimo, prometió dármela, a cambio de un documento que había en el cofrecillo, y el cual me describió con exactitud, asegurándome que este acto no perjudicaría absolutamente nada a mi esposo. ¿Qué hubierais hecho en mi lugar, señor Holmes?

— Avisar a Trelawney.

— Imposible. De no acceder a su petición, mi ruina era segura; y como, a pesar de que consideraba abominable el hecho de apoderarme de ese documento, no creía perjudicar con ello a mi esposo, obedecí a Lucas. Le di una marca en cera de la llave, y al día siguiente, el español me entregó la falsa. Abrí el cofrecillo, cogí el documento, y lo llevé a Godolfín Street.

— ¿Qué sucedió entonces?

— Llamé a la puerta, tal como estaba convenido. Me abrió Lucas en persona, y echando a andar delante de mí, me guió hasta su gabinete. Yo tuve la precaución, temiendo a la soledad con tal hombre, de dejar abierta la puerta de la calle. Terminamos bien pronto el asunto, y entregándole yo la

carta azul, conseguí recobrar la que tanto pudo haberme comprometido. De pronto sentimos chirriar la puerta de la calle, y unos pasos precipitados en el pasillo. Lucas levantó rápidamente la alfombra, guardó la carta en una abertura del piso, y volvió a dejar las cosas tal como estaban. Lo que aconteció después se conserva en mi espíritu como el recuerdo de una pesadilla. Abriose la puerta, apareció en el umbral una figura sombría, y una voz de mujer gritó: *¡Je ne me suis pas trompée. Enfin, enfin, je vous trouve avec elle!* Después, una lucha salvaje. El hombre empuñó una silla; entre las manos de la mujer centelleó un puñal; yo, espantada, convulsa, escapé de aquella horrorosa escena. A la mañana siguiente supe por los periódicos cómo había terminado. Y mi felicidad de haber podido destruir la carta comprometedora se deshizo; a la antigua inquietud sustituyó otra nueva y mayor. Fue tal el espanto de mi esposo cuando se enteró de la falta del documento, que estuve a punto de caer de rodillas delante de él y confesárselo todo. Pero, en fin, débil, y el temor de tener que declararle los motivos que me obligaron a robar la carta, selló mis labios. Entonces pensé en vos, y corrí a vuestra casa para saber las consecuencias de mi falta. Ya no tenía más que una idea fija: recobrar el documento. Este debía hallarse en el sitio donde lo guardó Lucas al sentir los pasos de la mujer. ¿Cómo entrar en la habitación? Durante dos días estuve rondando incesantemente la casa; pero ni una sola vez pude encontrar ocasión de ello. Ayer hice la última tentativa. Ya sabéis cómo... Ahí está mi esposo.

Abriose bruscamente la puerta, y el ministro de Estado entró en el gabinete.

—¿Qué noticias hay, señor Holmes?

—No son del todo malas.

Su semblante resplandeció de alegría.

—¡Gracias a Dios! Precisamente hoy come el presidente en casa. ¡Jacobo!—prosiguió, asomándose a la puerta.—Rogadle al señor presidente que tenga la bondad de subir. Respecto a vos, querida,—dirigiéndose a su esposa,—esperadnos en el comedor, porque tenemos que tratar asuntos políticos.

Entró lord Bellinger. Su aspecto continuaba siendo impasible y correcto; pero en el brillo febril de sus ojos, en sus manos temblorosas, comprendí que estaba tan agitado como Trelawney.

—¿De modo que hay algo nuevo, señor Holmes?

—Hasta ahora no; pero he recorrido todos los sitios donde pudiera encontrarse el documento, y os aseguro que no hay peligro alguno.

—Eso no basta. Llevamos tres días viviendo sobre un volcán. Necesitamos algo más positivo.

—Para eso he venido, señores. Conforme pienso más en ese asunto, más me convengo de que la carta no ha salido de esta casa.

—¿Cómo?

—¿Qué decís?

—Que si verdaderamente la hubieran cogido, a estas horas hubieran ya hecho público su contenido.

—Entonces, si no pensaban hacer uso de ella, ¿para qué la han robado?

—Yo no creo que la haya robado nadie.

—¿Y cómo ha desaparecido del cofrecillo?

—Yo no creo que haya desaparecido del cofrecillo.

—Opino, señor Holmes, que habéis elegido muy mala ocasión y peor motivo para burlaros de nosotros. ¿No os he dicho que yo mismo miré y remiré en la cajita de hierro, y me convencí de que faltaba el sobre azul?

—¿Habéis vuelto a mirar esos papeles después del martes?

—No; ¿para qué había de mirar?

—Porque tal vez la primera vez, aturdido por la desaparición, os ofuscais y no vieseis bien los papeles.

—Imposible.

—Bien, bien... Después de todo no se trata más que de una suposición mía. ¡Sucedo eso tantas veces! ¿No teníais muchos papeles en el cofrecillo?

—Sí.

—Pues entonces, bien pudo el sobre confundirse entre las hojas de alguno de ellos.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque estoy enteramente seguro de haberlo puesto encima de todo.

—¿No volcasteis la cajita de hierro?

—No; fui sacando uno a uno los papeles.

—Después de todo, Hope—interrumpió impaciente lord Bellinger,—eso es fácil de ver. Ordenad que os traigan aquí ese dichoso cofrecillo.

El ministro de Estado apoyó la mano en el timbre. Apareció el criado de antes.

—Jacobo, traedme el cofrecillo de hierro que tengo encima del tocador de mi alcoba. Ya veréis, señores, como no se halla la carta. Esto me parece, sencillamente, perder el tiempo.

El criado volvió a entrar con la misteriosa caja entre las manos.

—Gracias, Jacobo, ponedlo aquí, encima de esta mesa. Ahora verán ustedes.

Y sacando del bolsillo del chaleco una llavecita enteramente igual a la que instantes antes empleó su mujer, abrió el cofrecillo.

—¿Veis? No está. Aquí hay una carta de lord Merrow, una comunicación del Ministerio de Hacienda, una memoranda de Belgrado, una nota de los impuestos sobre los granos en Rusia y Alemania, una carta de Madrid, otra de lord Flowers, un... ¡Gran Dios! ¿Qué es esto? ¡Mirad, lord Bellinger!

El presidente le arrebató el sobre azul de entre las temblorosas manos.

—¡Al fin!—exclamó.—Se halla intacta. Os felicito, amigo Hope, os felicito.

—Gracias, gracias. ¡Qué peso se me ha quitado de encima! Pero esto es extraordinario. ¿Sois brujo, señor Holmes?

Holmes, con las manos metidas en los bolsillos, abierto de piernas sonreía con ironía.

—¿Cómo demonios sabíais que estaba aquí?—continuó cada vez más estupefacto Mr. Trelawney.

—Porque he visto que no estaba en ninguna parte.

—¡Es maravilloso! ¡Maravilloso! ¿Dónde se halla mi mujer? ¡Hilda! ¡Hilda! ¡Ya pareció!

Y salió precipitadamente. Sus gritos se fueron debilitando pasillo adelante y después cesaron de oírse. El presidente fijó la mirada de sus ojos severos y taladrantes en mi amigo.

—Me parece, señor Holmes, que aquí hay algún misterio—dijo con su voz tranquila y sonora.—¿Cómo ha vuelto esa carta al cofrecillo?

Holmes echóse a reír, y volvió la cabeza para evitar aquella mirada escrutadora.

—También nosotros tenemos nuestros secretos diplomáticos.

Y cogiendo el sombrero, se dirigió hacia la puerta.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB